ELOGIO FUNEBRE

8.-H.

Pronunciado por su autor el M. R. P.

D. IGNACIO M. LOYOLA

de la Congregación del Oratorio de N. P. S. Felipe Neri,
en las solemnes honras fúnebres que por
el eterno descanso del alma de la Insigne Benefactora

DOÑA MARIA JOSEFA VERGARA Y HERNANDEZ

y con motivo del CENTESIMO ANIVERSARIO
de su fallecimiento, tuvieron lugar en el templo de la Santa Cruz
de Querétaro, el día 22 de Julio de 1909, con asistencia
del Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Diocesano Dr. y Lic.

D. Manuel Rivera.

Talleres Tipográficos de Pedro O. Bosch
2ª S. Lorenzo, 24.

MEXICO.

Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem, non timebit domui suae á frigoribus nivis, omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Prov. C. XXXI. vv. 20 et 21

Abrió su mano al desvalido y extendió sus brazos al menesteroso, no temerá para los de su casa los frios de la nieve; porque todos sus domésticos están vestidos con vestiduras dobles. Sagrado libro de los PROVERBIOS. Cap. XXXI versículos 20 y 21

Ilmo. y Rmo. Sr.

V. Clero Secular y regular.

H. Junta de Caridad.

Católicos amados:

¡Bendita Caridad, Hija del Cielo, misteriosa hada, que sonriente recorres el tristísimo valle de las lágrimas buscando con cariño tierno y puro á las infelices víctimas que gimen oprimidas bajo el terrible peso de los más acerbos dolores, para impartirles celestial consuelo! ¡Con cuánto amor te llama el desgraciado, como te espera con noble ansia el huérfano infeliz, que en vano busca el amoroso maternal regazo, donde poder su amarguísimo llanto derramar, á tí tiende su mano suplicante el mísero mendigo demandando un pedazo de pan, en ti fija sus ojos preñados de llanto el infortunado que sufre, temblando de frio, los rigores del crudo invierno, sin tener «Pobrecito» un techo amigo que le pueda albergar! Tu sola puedes Caridad Bendita, trocar en dicha la más dura pena y en sonrisa apacible el llanto copioso que arranca la miseria, que con su mano terrible y despiadada, hace pedazos mil el pobre corazón. Tu fabricas tu amoroso y blando nido, donde se alberga el dolor. Tu estás donde se llora, donde hay hambre y desnudez. Tú das calor y albergue al que tiembla de frio. Tú tienes amor de madre y besos y caricias, para el infeliz expósito, cruelmente abandonado y para el pobre huérfano sediento de amor. Tú recorres el mundo compasiva cumpliendo tu benéfica y santa misión y te disfrazas de mil ingeniosas maneras, para poder visitar libremente, lo mismo las grandes y soberbias capitales, que los humildes pueblos; pero buscando siempre, lágrimas que enjugar y penas que aliviar.

Yo, te contemplo recorriendo en noche oscura la populosa París oculta bajo la modesta sotana y cubierta con la pobre y raida capa de humilde sacerdote, buscando entre la nieve al tierno niño expósito, que

está á punto de morir de frio. ¡Con cuánto amor le toma entre sus brazos, como procura darle calor, cubriéndole con su capa hecha jirones y brindandole todo el fuego en que se abrasa su caritativo corazón.! Como se llama ¿Sabeis? ese ser misterioso? escuchad con religioso respeto su nombre: se llama «VICENTE DE PAUL»

Portugal, abre las puertas de tus tugurios y de tus chozas en donde habita la necesidad, dile á tus pobres y desvalidos que den cabida á la esperanza, que ya se acerca «La Caridad»

Llega, miradla, viene vestida con traje real, llama á las puertas de los tugurios y de las chozas, donde se sufre, donde se llora, donde se alberga triste orfandad, lleva en sus manos pan y dinero y dentro del pecho tierno consuelo, dulce esperanza y santo amor. Oid su nombre con gran respeto y admiración, es «LA REINA ISABEL»

Mas tú ¡Oh Querétaro! tierra bendita, cuna de héroes, nido de Fé, ¿Jamás has visto bajo tu cielo, y por tus calles y tus suburbios, junto á tus pobres desheredados, cerca tus viudas que tristes lloran, jamás has visto la Caridad?

Ah, bien lo sabes, pues que en tu historia, asaz gloriosa, guardas un nombre con grande amor y con orgullo cuidas la tumba húmeda en llanto de gratitud, en cuyo seno duerme tranquila tu protectora, la que extendió su pródiga mano al desvalido y abrió sus brazos, como de madre, para amparar al menesteroso, la que edificó á sus expensas la casa bendita adonde no ha penetrado jamás el frio espantoso de la miseria; porque los moradores de ese Asilo están vestidos con doble vestidura, regalo valioso de su insigne benefactora.

También tú has contemplado, «Querétaro amada» bajo tu limpio y hermoso cielo, pasar sonriente y placentero, un ángel de consuelo que cubrió cariñoso con las alas de su ternura á todos los desgraciados. Viste con gran contento á ese ser misterioso, á esa hada compasiva, enjugar muchas lágrimas, repartir consuelos, y preparar con generoso desprendimiento, mesa, vestido y hogar y lo que es más todavía, *Santa y consoladora Fé Cristiána* para tus pobres.

El nombre glorioso de tan Insigne benefactora, más que en la lápida que cubre sus despojos, más que en las gloriosas páginas de tu brillante historia, lo tienes grabado con letras de oro «Oh leal y noble, pueblo Queretano,» en tu sincero y agradecido corazón.

La Caridad, Sres. en este privilegiado suelo apareció personificada en la ilustre y distinguida dama «MARIA JOSEFA VERGARA Y HERNANDEZ,» de quien me propongo hacer un modesto elogio fúnebre,

ya que la honorable «Junta Vergara» concediendome un honor que no merezco se ha dignado confiarme tan delicada misión. Entro en materia.

1.

Era el 7 de Agosto de 1747. día venturoso, en el cual Dios Ntro. Señor, se dignó enviar por su bondad á esta nuestra muy amada ciudad de Querétaro una tierna niña, que habia de ser corona de honor para sus cristianos progenitores joya de inestimable valía para esta nobilisima ciudad, preciosa margarita; orgullo y gloria de su sexo, verdadero ángel de consuelo para todos los infelices.

Esta privilegiada niña fué fruto del cristiano matrimonio de D. Francisco Vergara y Doña Rosa Hernández, quienes recibieron á la pequeñita con un júbilo inmenso y la consideraron como una preciosa dádiva del Cielo. ¡Cuán distantes estaban estos felices padres, de comprender siquiera, la altísima y noble misión, que tenía que cumplir en el bendito suelo que la vió nacer.

Nuestra niña, como hija de muy cristianos, aunque pobres padres, recibió en el mismo dia de su nacimiento, las sagradas aguas del bautismo, quedando por decirlo así, al ser ungida con el oleo santo, como consagrada para ser en este bendito suelo «El Angel de la Caridad» y recibió por nombres «MARIA» BARBARA, JOSEFA, DOMINGA.

¿Quién podría describir la infancia tranquila y envidiable de esa venturosa niña? Baste decir que se hallaba en un hogar cristiano y bien sabeis Sres. que en el hogar santificado por Ntro. Sr. Jesucristo, jamás faltan las bendiciones de Dios y que la vida de la infancia, bajo tan felices auspicios, es de ensueños hermosos, de puras é inocentes alegrías, de oraciones sencillas; pero valiosas, que en raudo vuelo y tiernamente enlazadas á las plegarias de los cristianos padres, se elevan hasta el trono del Señor.

A la feliz infancia de nuestra ilustre biografiada, siguióse una juventud verdaderamente edificante, sin vicios que empañaran su brillo singular, sin pasiones qne turbaran la dulce paz de aquella alma, alimentada siempre con la poderosa y vivificante savia del Cristianismo, que exije de sus numerosos adeptos, como una de sus virtudes características, la práctica sublime de la santa y bendita caridad.

Nuestra María Josefa, no fué en manera alguna extraña á los impulsos benditos de esta necesaria virtud, pues á pesar de sus exiguos recursos, jamás llamó á sus puertas el mísero mendigo, sin que com-

partiera cariñosamente con él su escaso y modesto pan.

Desde entonces extendió su mano al desvalido y abrió sus brazos al menesteroso.

Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem. Más tarde se unió en santo matrimonio, con el Sr. D. José Luis Santos Frias, quien también era pobre; pues que solo llevaron al nuevo hogar la modesta suma de ochenta pesos; mas ¿Que importaba que careciesen de bienes temporales, si sus almas guardaban con religioso cariño el tesoro precioso de la Fé y la inestimable joya de la Caridad.

El Dios providente que pródigo manda benéfica lluvia, que fecunda los campos y multiplica prodigiosamente los granos que en la tierra deposita el pobre y fatigado labrador, permite también que del cielo hermoso de la gratitud, se desprendan en forma de lluvia las bendiciones de los pobres, para que sean fecundos en virtud los corazones generosos y se multiplique maravillosamente el capital de los bienhechores benditos de la desvalida humanidad?

Tal sucedió en nuestro caso, el modesto haber de Maria Josefa, era como un grano de mostaza, que regado con las lágrimas de los pobres se convirtió en breve tiempo en un árbol de ricas y abundantes frondas que ha cubierto con amiga y benéfica sombra, todo infortunio, toda miseria, todo dolor, como procuraré demostrarlo. (1)

La madre, es por divino mandato y por ley de la naturaleza, la destinada á rivalizar en amor. ternura y constancia, con el ángel de la guarda que vela cariñoso junto á la cuna de los niños; pero si en todas partes es la madre, ternura, abnegación, amor, sacrificio, de un modo singular lo han sido siempre, causando la justa admiración de propios y extraños, las sensibles y delicadas hijas de esta privilegiada ciudad, pues que lomismo saben llevar en su casta frente, con regia dignidad, la corona de blancos azahares, en el dia de sus nupcias, que con honor y gloria envidiables, la brillante diadema de la maternidad. Son las madres, por regla general, en nuestro suelo, verdaderos ángeles de tierno y santo amor, capaces siempre de grandes y heróicos sacrificios y dispuestas á dar por sus amados hijos, si necesario fuere, hasta la última gota de sangre de sus venas ¡Tan grande así es y tan noble su maternal amor.!

Mas en algunas ocasiones, aunque por fortuna rarísimas, han tenido la audacia de mezclarse, ¡Que horror! entre el coro glorioso de madres ángeles, mujeres monstruos, que no merecen el dulce titulo de madres

aunque hayan concebido y dado á luz; porque han profanado el amor santo, tan solo por el vil placer de adornar sus impúdicas frentes, con las hojas de mirto de un goce fugaz, y al dar á luz el fruto, tal vez de ilícitos amores, no vacilan en arrojar lejos de sí, al desvalido infante quien desde los albores de su triste vida, se encuentra abandonado en medio de una calle solitaria ó colocado con desprecio, en el quicio de alguna puerta. ¡Pobre expósito! con llanto reclama, parece que conoce su desgracia, caricias tiernas, dulces besos, maternal calor.

Con grande horror se mira tan execrable escena, las madres amantes con tristeza lloran, y se sienten como avergonzadas al ver así profanada la genial y noble ternura de su sexo. No os aflijais madres que sabeis amar, que si una madre-monstruo os cubre de rubor, una madre ángel os llena de gloria. Es «MARIA JOSEFA VERGARA Y HERNANDEZ» que al escuchar el llanto del expósito, comprendiendo que es el ser más pobre y desvalido, extiende su caritativa mano y abre sus brazos para dar al inocente abandonado, lo que una madre desnaturalizada se resistió á conceder.

Ved á nuestra «MARIA JOSEFA» convertida en un ángel protector de ese ser infortunado, que no ha podido gozar ni una sola caricia, ni un solo beso maternal; pero que ya duerme tranquilo, velado su inocente sueño por el ángel de la guarda y el angel de la caridad. Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem. ¡Bendita y caritativa Dama, recibe como justo premio de tu angélica ternura, la inocente sonrisa y el tranquilo sueño de tu pequeño protegido.

En otras ocasiones Sres. nos conmueve hondamente encontrar en el camino de nuestra vida, pequeños niños, tiernecitas niñas, que con sus ojitos llenos de lágrimas y con voz triste, entrecortada por los sollozos, parece que van clamando «Madre, madre, donde estás, me siento muy triste sin tus caricias, de pena muero sin tu cariño, todo me falta si tu no acudes pronto á mi voz, no hay en el mundo quien me consuele. Ven presto Madre, nada es tan dulce como tu amor; pero la madre no le responde, la amante madre ya se murió. «Padre querido, tú que cuidabas mi tierna infancia y con sudores y con fatigas, tierno me dabas el diario pan y cuidadoso me conservabas en el hogar, cubriendo siempre con un vestido mi pobre cuerpo para librarme del frio gracial. «Padre querido yo tengo hambre, me hallo en la calle, estoy desnudo, no tengo abrigo, no tengo hogar; pero el buen padre que ca-

riñoso cuidara al niño mientras vivió, el padre amante á quien se llama con tanto afán, ya no responde, también murió

¡Oh pobres seres tan infelices, huérfanos son, que claman tristes en su desgracia; porque no tienen ni padre, ni madre, ni pan, ni abrigo, ni un pobre hogar! ¿En donde se halla decid Sres. el ángel santo de caridad? ¿Dónde se encuentra decidme os ruego, la amante madre del huerfanito? ¿En dónde está? callad Sres. nada digais, guardad silencio la he visto ya. Contempladla con religioso respeto, llega, se acerca vé con cariño á los niñitos que lloran de hambre, que tienen frio, á quienes falta tranquilo hogar, y que reclaman en su orfandad, besos de madre, dulces caricias y el perdido regazo maternal. Todo lo tienen ya. «MARIA JOSEFA VERGARA Y HERNANDEZ» es proclamada y con justicia, la cariñosa madre de los huérfanos. Ella recoje lo que el mundo desprecia con necio desdén, Ella ¡Bendita sea! abre las puertas de su palacio de caridad, en donde se halla pan, albergue, vestido, instrucción y lo que es mas valioso todavia, maternal amor en el tierno corazón de tan insigne benéfactora.

Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem.

Hay para tí Noble Dama por tu desprendimiento y abnegación, un premio de gran valía, una corona para tu venerable frente, formada con rieas y escogidas perlas, son las lágrimas de gratitud de tus hijos adoptivos, de tus amados huerfanos.

Otros seres hay que no merecen menos compasión, son aquellos á quienes ya el torbellino de las pasiones, ya la miseria ya el descuido de la educación, ó ya finalmente la perniciosa influencia de malas compañías les lanzan con terrible y diabólico impulso por la senda del mal, y de seres honrados y buenos, se convierten en pobres criminales que van á expiar sus reprobables faltas en el triste recinto de las cárceles y lejos de su hogar, apartados de la sociedad honrada, lamentan con tristeza profunda su descarrío en medio de las soledades de su prisión. ¡Pobres presidiarios! sus faltas son sin duda abominables; pero ellos merecen compasión ¡Qué importa que habiten húmeda y triste bartolina, cuyo negruzco pavimento acaso riegen con amargas lágrimas! Son nuestros hermanos, son hijos de Cristo, debe cubrirlos con su manto amoroso la Caridad.

«MARIA JOSEFA VERGARA HERNANDEZ,» aborrece sin duda los crímenes; pero ama tiernamente á los criminales, extiende su mano generosa para protejerlos, abre los brazos para extrecharlos con santa

caridad y esos infelices que no tienen lugar alguno en medio de la sociedad lo han encontrado en el generoso corazón de esta Dama singular; pues que á semejanza del SOL que no empaña ni mancha sus limpios fulgores por mas que sus rayos hermosos y puros se encuentren bañando inmundo lodazal; así «MARIA JOSEFA» derrama sin empañar el envidiable brillo de su gloria, los resplandores benéficos de su caridad. llenando de consuelos inefables los marchitos corazónes de los infelices prisioneros.

Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem.

Suba al Cielo la plegaria húmeda en llanto regenerador de infelices presos y sea el justo premio á la abnegada caridad de tan insigne benefactora.

Cuantas viudas desoladas oprimidas de amargura, ven con tristeza nacer el dia y ven con pena morir el sol ¡Ay pobrecitas! es que acaso sus hijos tienen hambre, que piden pan, y ellas no tienen nada que darles sino sean besos, dulces caricias, lágrimas tristes y santo amor.

Medid Sres. si esto es posible, la acerba pena de una infeliz madre que vé á sus pequeños hijos gemir de hambre, temblar de frío y que no puede tanta desgracia remediar. Se la encuentra triste y en su cerebro tan fatigado, surgen ideas no se si tristes unicamente ó algún proyecto de iniquidad; tal vez en su dolor profundo, y su espantosa miseria llega á pensar que deberá vender sus caricias á fin de conseguir un mendrugo de pan para sus hijos. Detente ¡viuda infeliz! dá cabida en tu angustiado pecho á la esperanza, no des un paso mas porque te devora el abismo. Mira que se acerca tu ángel salvador es «MARIA JOSEFA» que te detiene con cariñosa mano al borde mismo del precipicio, abre los brazos de su inagotable caridad para protejerte, lo mismo que á tus inocentes hijos.

Entra con confianza al palacio de la caridad y en su pequeño oratorio caé de rodillas, dá gracias á Dios en unión de tus pequeñuelos y enseñales á pronunciar con profunda gratitud el nombre de su bienhechora.

Dios Ntro. Sr. en sus inescrutables designios que son para el hombre impenetrables misterios, quiso que no todos pudiéramos admirar el bellísimo cuadro de la creación, los cielos hermosos que á voces publican ser obra de Dios, los prados amenos de flores cubiertos, que están pregonando la gloria infinita del sabio Creador, y el sol explendente que manda á la tierra su luz y calor, no á todos repito, les es

concedido, gozar extasiados, tan grande belleza, donde se adivina sin mucho trabajo la mano sagrada que todo formó. Hay seres que viven en noche perpetua, privados de luz, sin mas esperanza que el dia sin ocaso de la Eternidad.

¡Cuan penoso es verlos pasar por el mundo, vacilante el paso, sin guia en su camino é implorando siempre, miseros mendigos, un pobre socorro por amor de Dios.

Doquiera que vayan, causan en el alma tierna compasión ¿Quien podrá ampararlos? ¿Quien será su guia que amorosa vaya de ellos siempre en pos? ¿Quién compasiva, tenderá su mano para protejerlos? A su encuentro sale solícita, amante, nuestra ilustre Dama, Ella les conduce en su triste senda, Ella les da asilo y vestido y pan y Ella no pudiendo herirles los ojos con luces del sol, les inunda el alma con los resplandores de su caridad.

Cuantas y cuantas veces la oración fervorosa de los desventurados ciegos, seria la recompensa, de inapreciable valia que hiciera palpitar de júbilo, el caritativo corazón de «MARIA JOSEFA VERGARA.»

Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem.

Abrió su mano al desvalido y extendió sus brazos al menesteroso

Ancianos venerables, que llegais al ocaso de nuestra vida sin mas riqueza que la brillante plata de vuestras canas, que forma una gloriosa diadema para ornar vuestra arrugada frente, el trabajo quizá demasiado rudo de otros tiempos ha encallecido vuestras manos y los largos años de vuestra vida solo han dejado en vuestra memoria los recuerdos acaso tristes de vuestro ayer y en el marchito corazón, las frias cenizas de vuestro pasado. ¿Quien os dará los últimos pedazos de pan que llevais á vuestros trémulos labios? ¿Quien os brindará un techo amigo bajo el cual exhaleis el postrimer suspiro? No temais Nobles ancianos, si el trabajo agotó vuestras fuerzas, sois dignos de respeto y compasión" os saldrá al encuentro para protejer vuestra venerable decrepitud «MARIA JOSEFA VERGARA» Ella hará tranquilos los últimos dias de vuestra vida, Ella con los rayos luminosos de su ardiente sol de caridad, adornará con bellisimos celajes el ocaso de vuestra penosa existencia. Bendecidla en los últimos dias de vuestra vida y pronunciad con profunda gratitud su nombre al expirar. Recordad que extendió su mano para protegeros y abrió sus brazos para extrecharos con edificante caridad.

Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem.

Abrió su mano al desvalido y extendió sus brazos al menesteroso; por eso su memoria ha llegado hasta nosotros llena de bendiciones.

II.

Non timebit domui suae á frigoribus nivis.

No temerá para los de su casa los frios de la nieve.

Con espanto indescriptible los pobres desheredados de la fortuna ven llegar el crudo invierno, inclemente estación, que no conforme con destrozar sin piedad las galas hermosas de nuestros campos y convertir en hojarazca las frondas de nuestros árboles, que en los risueños dias de primavera sirvieran á las aves cantoras, para que pudieran el nido fabricar de sus amores, extiende sin piedad su blanco manto de nieve fría para cubrir con él á los infelices que ateridos y rígidos tienen que soportar los rigores de tan inclemente estación. ¡Cuanto sufrirán bajo el techo casi destruido de su pajisa chosa! ¡Cuantas ocasiones morirán esos infelices con la sangre de sus venas congelada, y pensando, algunos con santa y edificante resignación, otros quizá con horrible desesperación en los seres privilegiados, que felices duermen en caliente lecho, mientras ellos, ¡Desgraciados! en medio de espantosos sufrimientos, van á expirar.

¡Oh Dios providente, cariñoso y bueno, que diste á las aves su hermoso plumaje y á los corderitos su blanco velon, para que soporten el frio del invierno. Vé á tus pobres hijos que tiemblan de frio, para ellos imploro tierna compasión! Cuántos en el mundo por ti protegidos, tenemos un lecho que nos dé calor y no nos preocupa el frio del invierno, y acaso ¡Dios mio! ni nos acordamos, desleales é ingratos, de alabar tu nombre y ensalzar tu amor! y nos olvidamos de los infelices que sufren y tiemblan y buscan calor, mientras que nosotros ¡Ay! sin merecerlo, dormimos tranquilos sin que nos preocupe que en la alta montaña, triste, abandonado se muera de frio pobre leñador, y que en la cabaña esté con sus carnes amoratadas, sugeto á horribles sufrimientos el sencillo pastor! Mas si estas escenas que os llevo descritas, conmover no pueden todo corazón, y se puede con cruel indiferencia, conciliar el sueño en una noche de crudo invierno, sin que lo turbe el recuerdo de aquellos seres que desvalidos, sin lecho ni hogar, condenados estan á sufrir los rigores de la intemperie, al menos procuremos con la mas viva fé de nuestra alma, bendecir al Dios de toda bondad, que nos ha librado hasta ahora de tan espantosos sufrimientos.

Mueren los infelices desheredados de la fortuna, víctimas indefensas del helado invierno, en tanto que los privilegiados moradores del «HOSPICIO VERGARA» sin experimentar las duras inclemencias del tiempo, duermen felices sin temblar de frio, soñando acaso en la benéfica protectora que les prodiga tan inmenso bien.

Goza «Tierna madre de los infelices, goza al contemplar á los seres mas caros para tu corazón á quienes escogiste para que formaran tu única familia, los salvaste, para que no murieran aterídos de frio. No temas que los moradores de tu casa experimenten el frio de la nieve.

Non timebit domui suae á frigoribus nivis.

Hay Sres. otro frio, como de muerte, más inclemente se presenta que el mismo rígido invierno, que causa tantas víctimas, pues que este hiela, no la sangre de las venas, sino el propio corazón. Es el frio espantoso de la miseria, es el hambre, que demacra rostros, que enflaquece cuerpos, que arranca torrentes de lágrimas, que puede llevar á sus víctimas á las gloriosas cimas del heroísmo y la virtud ó despeñarlas sin compasión en el tenebroso abismo de la más espantosa desesperación, unas veces incita á sus víctimas á desplegar sus labios casi exangues para pronunciar con edificante resignación, una piadosa plegaria, que empapada en lágrimas sube hasta el Cielo; pero en otras (causa espanto el decirlo y mucho mas presenciarlo) les obliga á proferir execrables blasfemias contra Dios.

Sres. es el hambre, espectro formidabe que por doquier que pasa, siembra espanto, tristeza, desolación. Cuando atrevido llama del hogar á las puertas, los rostros se cubren de mortal palidez y hiélanse de miedo los pobres corazones. Cuando sobre algún pueblo ó sobre una ciudad, tiende sus negras alas ese ángel de exterminio, de horrible maldición, vereis las multitudes correr desesperadas y casi enloquecidas, buscando con grande ánsia un pedazo de pan.

No es esto exagerado, es una realidad, terrible si, espantosa; pero siempre verdad. El hambre, la miseria, llegan á producir positiva locura.

Refiere el historiador JOSEFO, que en el año de 70 despues de JESUCRISTO, habiendo puesto Tito, sitio á Jerusalém, los míseros sitiados vieron con horror profundo, pasearse por sus calles y plazas, con aire triunfante, déspota y sanguinario el espectro espantoso del hambre, exitando á aquellos desventurados hijos de la sitiada ciudad, á los excesos más abominables. Quien llegase á dudar que el hambre insufrible

produce el extravío y engendra la locura, que penetre, aunque se aterrorice á la hasta entonces gloriosa, despues infortunada Jerusalem; que á esos infelices sitiados que corren desesperados de aquí para acullá los siga en su precipitada marcha y los encontrará cavando sepulturas recién cerradas, para extraer de su seno, putrefactos cadáveres y devorar con ánsia febril pedazos de carne corrompida que empezaba á ser pasto de inmundos gusanos. El hambre espantosa los enloqueció de tal manera que no advertian siquiera, el asqueroso manjar que devoraban. ¡Infelices!

Mas no fué esto solo las mismas madres extraviadas por el hambre y enloquecidas por la miseria, se olvidaron de todo, no escucharon la voz de su maternal ternura, no se conmovieron ni con las caricias, ni con los tristes é inocentes gemidos de pequeños hijos y. . . .los devoraron intentando saciar su hambre con la carne de los indefensos pequeñuelos.

!Oh miseria, Oh hambre, espectros malditos, hasta que abominables excesos llevais á vuestras desgraciadas víctimas.

Años ha habido de atérradora miseria, el Cielo nos ha negado sus lluvias, nuestros campos no han producido sus frutos, los labradores han contemplado con los ojos llenos de lágrimas, lo estéril de sus trabajos y sudores, los pobres labriegos al contemplar los graneros que en otros años guardaran abundante cosecha, casi vacíos, exalan tierna queja y ante el duro presentimiento de la miseria que les amenaza, caen de rodillas y con el corazón rebosante de amargura, elevan al cielo su mirada lánguida y exclaman con voz conmovedora «Dios providente, ten piedad de nosotros.»

Ya hemos visto á la hambrienta multitud recorrer con desesperante ansiedad nuestras calles, que parece se enlutan á la vista de tanta miseria, llamar á las puertas de todos los hogares, en demanda de un mendrugo de pan, para mitigar el hambre horrible que le devora.

Hemos oido el grito lastimero de los menesterosos, grito terrible imponente, capáz de hacer sentir aun á las almas mas indiferentes, un frio mas terrible que el de la muerte.

«Pan, pan, por amor de Dios, tenemos hambre, mucha hambre nos sentimos morir ¡Piedad, piedad! Y las pobres madres tan amantes cuanto desventuradas, llevando consigo á sus pequeños hijos cuyo rostro se ve cubierto de una palidéz casi mortál, dicen á grandes voces «Dadnos por caridad un mendrugo de pan para nuestros hijos que llo-

ran de hambre, dadnoslo aunque esté muy duro, nosotras lo ablandaremos con nuestras lágrimas, socorred á nuestros hijos, dadles de comer, auque nosotras muramos de hambre, y estas escenas tristisimas han conmovido todos los corazones.

El caritativo principe de la Iglesia de Querétaro, lo mismo que el magnánimo gobernante civil y no pocas caritativas damas y distinguidos caballeros, cuyos nombres bien conoceis y que no consigno ahora, por no herir su genial modestia; pero que sin duda serán á su debido tiempo colocados en las gloriosas páginas de la ya brillante historia de Querétaro, todos, todos, con cristiana y edificante emulación, han aprontado sus recursos, han abierto de par en par sus trojes, y han empleado todos los medios que han estado á su alcance para aliviar tan espantosa situación, han sentido como propia la desgracia de sus coterráneos y han defendido con heroicos sacrificios, del frio mortal de la miseria, á un sin número de proletarios.

Esto Sres. no me extraña; porque confieso con gratisima satisfacción, que mi amada ciudad natal, que mi «Bendita Querétaro» ha sido siempre el hermoso palacio en donde reyna la Caridad.

Mas en tanto que el hambre enluta pobres hogares, entristece corazónes, provoca lágrimas y tiene ateridas de frio á sus victimas, las puertas del «HOSPICIO VERGARA» que estan abiertas de continuo para todo infeliz, están cerradas para la miseria, allí no puede entrar, no le es concedido helar con su pavoroso frío, los corazones de los protejidos de «MARIA JOSEFA» porque están ungidos con el oleo sagrado de su cristiana caridad y el hambre muy á su pesar los respeta. ¡Alegrate Protectora insigne de este benéfico establecimiento; no temas para tus moradores los frios glaciales de la miseria.

Non timebit domui suae á frigoribus nivis.

Levantad en coro vuestra voz ¡Oh agradecidos asilados! decid si alguna vez cuando fuera de vuestra morada se llora de hambre, á vosotros se ha dicho llorad también, no hay pan que daros, id á aumentar el número de los menesterosos, soportad con resignación el frío de la miseria.

Muy al contrario, en estas épocas aciagas, el asilo ha amparado un sin número de mendigos y los venturosos hospicianos se han visto convertidos en generosos anfitriones de los nesecitados,

«MARIA JOSEFA VERGARA Y HERNANDEZ» tu caridad me asombra y edifica, Tú libras de los rigores del hambre á nn sin número de

familias pobres vergonzantes, que sin tener valor para ir de puerta en puerta, pidiendo pan, ocultan á los ojos del mundo su miseria en el seno de su triste hogar y sin que nadie escuche sus lamentos, lloran de hambre y sufren resignadas, espantosa necesidad; pero ¿que se puede ocultar á tu caritativa mirada? las ves llorar, sabes que están sufriendo, que necesitan auxilio y Tú generosa, sin lastimarlas en su penosa situación les concedes su diaria ración. ¡que te bendigan agradecidas y graben tu nombre en su corazón!

III.

Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus.

Todos sus domésticos vestidos estan con vestiduras dobles.

Réstame Sres. haceros admirar la brillante corona de la obra magna de «MARIA JOSEFA.»

No satisfecha la nobilisima protectora con proporcionar á sus protegidos, casa, alimento, tierno cariño, santa caridad, y vestido que cubriera los cuerpos de los menesterosos y lo que es mas todavia la blanca túnica de la Religión, para que sus domésticos tuviesen doble vestidura, para el cuerpo la que «MARIA JOSEFA» con su caridad ardiente proporcionaba y para el alma la que Dios con divino amor concede á tos que le buscan, se ha erigido en la casa de los pobres, en el «HOSPICIO VERGARA» LA CASA DEL SEÑOR. Ahi teneis un oratorio en cuya ara se inmola la víctima sagrada del Calvario, se vierte sobre ese altar la sangre preciosima del Mártir del amor. A la voz misteriosa del sacerdote baja del Cielo, aquel Dios que vistió de hermosura el firmamento, y de encanto sublime el universo entero. Viene á coronar de gloria la obra magnífica de «MARIA JOSEFA» Víene á cubrir con sus celestiales y cariñosas bendiciones á los numerosos moradores de esta mansión santa de «Caridad Cristiana»

¡Que cuadro mas hermoso se ofrece á nuestra vista! Lástima que sean tan pálidos los colores de mi pobre paleta para poderlo siquiera torpemente bosquejar!

Me confieso impotente y no me atrevo á sorprender las íntimas comunicaciones, los dulces y tiernos coloquios de esas almas privilegiadas con el Dios de bondad, que les recrea con su visita

Inocentes expósitos, pobres huérfanos, se ven cubiertos con el manto sin oro del Buen Jesús, y reciben sonriendo de alegria las caricias inefables de Aquel que con ternura infinita dijo «Dejad que los niños se